Fray Diego Delgado, de Pedroche a Yucatán

por Pedro de la Fuente Serrano. 18 de octubre de 2020

Nació en Pedroche el 26 de junio de 1582[1], hijo de Pedro Delgado y María de Obejo.

Fray Diego Delgado, Iglesia El Salvador, Pedroche

Según Fray Andrés de Guadalupe

Sabemos de su vida y del martirio recibido gracias, en un principio, a lo publicado por **Fray Andrés de Guadalupe** en **1662** en su obra "***HISTORIA DE LA SANTA PROVINCIA DE LOS ÁNGELES DE LA REGULAR OBSERVANCIA, Y ORDEN DE NUESTRO SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO***".

Así, sabemos que recibió los hábitos como fraile franciscano en el convento de Santo Domingo de Jarandilla. Aunque su deseo era ir a las Indias, que lo vio cumplido en 1604, con 22 años. Llegó a la Provincia de San José de Yucatán, en Nueva España, donde estuvo 17 años adoctrinando a los nativos.

[1] Pérez Peinado, José I. *Nuestra Señora del Socorro*, 2000, p. 129

El 14 de diciembre de 1622, partió junto al Capitán Francisco Mirones Lezcano hacia la Provincia de los Ahtaycaes, situada entre las provincias de Guatemala y Yucatán, ya que se ordenó esta nueva conquista.

Una vez realizado su adoctrinamiento con resultados satisfactorios para los fines de los españoles, pasó a otra provincia, conocedor de la existencia de indios dispersados en ranchos. Le acompañó el Capitán Mirones y un sacerdote.

Pero el recibimiento fue totalmente hostil. Al día siguiente de llegar, mataron a Fray Diego Delgado, clavándole un palo con el que también lo fijaron al suelo. Igualmente, mataron al capitán, sacerdote y soldados.

Hasta aquí lo que se cuenta en este libro, pero hay más, ya que todo no fue tan simple, e incluso encontramos diferencias destacables.

Según Fray Diego López de Cogolludo

Lo sucedido a Fray Diego Delgado está ampliamente descrito por **Fray Diego López de Cogolludo** en **1688** en su obra "***HISTORIA DE YUCATHAN***".

Según este autor, en 1621 Fray Diego Delgado solicitó ir a "*reducir almas fugitivas*" y el gobernador le dio la licencia necesaria. Fue acompañado por indios, sacristanes y cantores.

Fue congregando a indios que estaban dispersos en los montes llamados "*de la Pimienta*", y consiguió formar un pueblo donde estaba anteriormente Sacalum. Lo llamó San Felipe y Santiago de Sacalum.

Una vez asentado Fray Diego Delgado en Sacalum, llegó allí el capitán Francisco de Mirones, que pretendía conquistar con las armas al pueblo de los itzaes. Se quedó todo el año 1622, pero oprimiendo y maltratando a los indios, algo que los molestó enormemente y que Fray Diego intentó solucionar sin éxito.

Bien entrado el año 1623, Fray Diego informó de lo que sucedía y preguntó si tenía que estar bajo las órdenes del capitán. Se le contestó que no, que hiciese lo mejor para "el bien de las almas de los indios". Entonces decidió abandonar al capitán y pasarse a los indios itzaes. Se fue al pueblo de Tepú, seguido por soldados que al final se quedaron con él, ante la negativa de volver.

Preguntó a los itzaes si podía ir a verlos. Estos, sabiendo las pocas personas que acompañaban al fraile, le dieron permiso para visitar la isla, supuestamente en un acto de paz. Pero todo era fingido. Salvajemente todos fueron asesinados al llegar.

Los indios le dijeron que le mataban "*porque había ido con aquella gente y porque los religiosos que habían ido antes que él, les quebraron su ídolo y les quitaron sus dioses*".

"*Lo primero fue abrir los pechos al P. Fr. Diego y sacarle el corazón, y ofreciéndole a los ídolos en recompensa y satisfacción del ultraje que decían haberles hecho los otros religiosos. (...) y después hicieron piezas todo su cuerpo, y la cabeza pusieron en una estaca con las otras en el cerrillo*". Fue en julio de 1623.

El capitán Mirones, que desconocía lo sucedido, envió un criado y soldados al Itzá a localizar al fraile, pero igualmente fueron asesinados, excepto el criado. Éste volvió a

informar, pero no le creyó. La mala situación creada por el capitán, al final, conllevó que los mayas de Sacalum se rebelasen. El 2 de febrero de 1624, el capitán, entre otros, fue asesinado. Además, quemaron el pueblo y huyeron de a los montes.

Animo a leer ambos textos, que se muestran completos a continuación, para entender y conocer la situación vivida por Fray Diego Delgado, de Pedroche, en Yucatán.

"Vida y muerte del glorioso mártir Fray Diego Delgado[2]

Este siervo de Dios fue natural de villa Pedroche, hijo único de Pedro Delgado y María de Obejo, de honrada prosapia y temerosos de Dios, criaronle ajustado a sus buenas y santas costumbres. Aprendió la lengua Latina, luego, que comenzó la luz de la razón, descubrió singular afecto al hábito de nuestro Padre San Francisco y su Religión sagrada, aumentose con la comunicación de los Religiosos; cumplida la edad suficiente lo pretendió con eficacia. Recibiole el Provincial Fray Diego de Fonseca, diole licencia para el convento de Santo Domingo de Jarandilla, donde recibió el hábito y profesión. Dio bastante prueba de haber sido su vocación del cielo, la inclinación a la virtud parecía haber nacido con él en una cuna. Perfecciónala con el ejercicio de las que se practican en la Religión y con otras especiales y privadas que obraba a sus solas.

Estudió en esta Santa Provincia las Artes y sagrada Teología con buenas y suficientes noticias para la predicación de la divina palabra. Comenzó a sentirse herido el corazón de un secreto impulso de dar la vida, derramando su sangre en defensa de la fe de Jesús Cristo. Consideraba su insuficiencia y flaqueza para acción tan heroica y para diferente espíritu que el suyo, deteniase humilde a lo que le llamaban interiormente. Por otra parte le hacía fuerza el interior impulso, no dejaba descansar a su humildad y conocimiento propio. Acudía a la oración, pidiendo a Dios le determinase a su mayor servicio y honra. Perseveró algunos tiempos en la petición y fue oída por su clemencia y por los altos fines de su santa providencia, habíale escogido para bien de muchos y para la corona del martirio.

Y porque sus decretos tiene efecto infalible, dispuso pasase a las Indias a la Provincia de San José de Yucatán en Nueva España, año de mil seiscientos y cuatro. Aquí trabajó con sirviente espíritu diez y siete años, doctrinando los Indios en la fe y obras de Cristianos. Ordénose nueva conquista de la Provincia de los Ahtaycaes, reino nuevo, que tiene situación entre la Provincia de Guatemala y Yucatán. Salió a ella el Capitán Francisco Mirones y Lezcano con cincuenta soldados a su costa, a catorce de diciembre, año de mil seiscientos y veinte y dos. Conociendo el espíritu y virtud del siervo de Dios, le llevó por su Capellán y conquistador del Evangelio con toda la autoridad Pontificia, omnímoda para todas las cosas que se ofreciesen en la nueva conversión y conquista. Dioles Dios feliz viaje. A pocos días dieron en los nuevos Indios, tan salvajes que solo vestían el vestido desnudo de la naturaleza, con que se concibieron y nacieron.

[2] Fray Andrés de Guadalupe, HISTORIA DE LA SANTA PROVINCIA DE LOS ÁNGELES DE LA REGULAR OBSERVANCIA, Y ORDEN DE NUESTRO SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO, 1662

Gozoso el Predicador Apostólico dio principio a desterrar las tinieblas de errores, idolatrías y sugestiones diabólicas en que estaban sepultados miserables por astucias del Demonio. Ilustró los entendimientos con luz católica verdadera. El fervor de la predicación era ardiente, salían las palabras con el incendio del corazón su origen. Correspondían con igualdad las obras y vida ejemplar que hacía. Trabajó en esta selva engañada con sumos trabajos, por haberla hallado tan silvestre. Estimaba las penalidades y agonías como precioso tesoro, por imitar a nuestro Maestro Cristo, que tantas padeció por el amor del hombre (compadecía con Cristo para glorificarle con Cristo) y destruir la idolatría y falsa adoración de falsos Dioses, plantando la adoración del uno verdadero.

Convirtió con su predicación a la fe Católica al Rey de aquella Provincia, con gran número de Indios. Domesticolos con fuerza suave. Asegurada esta conquista evangélica, y ya en ella alegres y obedientes los Indios, prosiguió adelante sus santos intentos. Pasó a otra Provincia, tuvo noticia había más de dos mil Indios por los montes en ranchos divididos. Entró intrépido en nuevos peligros y trabajos a contingencia de perder la vida. Posponíala a la honra de Dios y bien de prójimos, tan necesitados de la luz. Ardía en deseos del martirio, vencía a la natural pusilanimidad humana la fortaleza y el amor del Señor. Iba en compañía del Capitán Francisco Mirones y de un virtuoso Sacerdote Clérigo, que se le ofreció en la empresa al siervo de Dios, viendo el fruto que hacía en las almas. Quedaronse los soldados algunas leguas detenidos, hasta ver si era necesaria su asistencia.

Según se vio en el efecto, los recibieron los bárbaros Indios con dolor y siniestra intención, agasajándolos y regalándolos en paz falsa y doblada. Asegurándolos, los prendieron a todos. El día siguiente inventaron una impía y cruel muerte para el siervo de Dios Fray Diego Delgado. Dispusieron un agudo palo tostado y fuerte, y como furiosos leones se le clavaron por la mitad del cuerpo, hasta que salió por la parte superior de él. En esta forma clavado, clavaron la asta en la tierra, dejándole en el aire a vista de todos. Así se ve copiado en varias pinturas que hay en la Provincia de Yucatán. Todo el tiempo que vivió en el martirio, estuvo predicando fervoroso el santo Evangelio y fe de Jesús Cristo, hasta la última boqueada y respiración de la vida, pidiendo al creador perdón para sus criaturas y enemigos, entregando el espíritu en sus manos. Dio con la muerte testimonio de la fe, confesándola con la obra heroica del martirio, padecido en su defensa. Enseño constancia contra los que la persiguen, y persiguiéndola, angustian y ejercitan a sus católicos Confesores, sin temor de aquellos que solo pueden quitar la vida del cuerpo temporal, ocasionando la eterna del alma en el reino de Dios y de Cristo.

Este fue el premio dichoso de sus trabajos y celo, haber conseguido el mayor bien que había deseado, verter la sangre y dar la vida por Cristo. Vivía en su ánimo grabado este afecto, pues habiéndole hecho Guardián de su Provincia de Yucatán, y enviádole a decir viniese a ejercer el oficio, prometiendo le darían ministros para la conversión, no solo no le resfrió, más antes le avivó y encendió más. Pasó adelante la furia de los bárbaros, al Sacerdote, Capitán y soldados que llevaba en su servicio ahorcaron, y tan encarnizados estaban en su crueldad, que hicieron lo mismo con los soldados que después llegaron, a no retirarse con presteza. Luego que lo reconocieron, ardían en infernal furia."

"Reducción de unos indios hecha por el padre Fr. Diego Delgado, a quien mataron los itzaes y a unos españoles, y la causa

Opuestos dictámenes se experimentan cada día en el sentir humano acerca de una misma materia, y los hallamos en la presente, pues habiendo repugnado tanto el gobernador Francisco Ramírez Briseño dar ayuda a los religiosos para ir a la conversión de los itzaes, diciendo que no se sabía si parecería mal en el consejo sucediendo algún caso adverso; gobernando ahora D. Diego de Cárdenas, no solo intentó la entrada pacífica con la predicación del santo evangelio para que había licencia expresa, dada por cédula y sobre cédula, sino también la violenta de las armas, que expresamente se prohibió a los gobernadores D. Carlos de Luna y D. Antonio de Figueroa. La causa que dio principio a ello fue esta. Habiendo visitado la provincia el muy R. P. Fr. Diego de Otalora, padre de la de Santiago y comisario general de la Nueva España, celebró capítulo en Mérida a veinte y cuatro de enero de mil seiscientos veinte y un años. Salió electo provincial R. padre Fr. García de la Barrera, hijo de la santa provincia de Andalucía, y difinidores los RR. PP. Fr. Francisco de Pina, Fr. Rodrigo de Segura, Fr. Juan Coronel y Fr. Francisco de la Parra. Fue electo custodio el R. P. Fr. Francisco Gutiérrez, lector de teología. A once de junio del mismo año murió el R. P. provincial, y así fue electo vicario provincial el R. P. difinidor Fr. Francisco de la Parra, que absolvió el trienio de este provincialato. Habiéndose celebrado el capítulo, pidió licencia al padre provincial el P. Fr. Diego Delgado, natural de la villa del Pedroso, y hijo de la santa provincia de los Ángeles, para ir a reducir muchas almas que fugitivas por los montes estaban separadas de la comunicación de los fieles, y aun se tenía por cierto idolatraban en compañía de los gentiles que en otra parte se ha dicho. Concediósela el provincial, y obtenida la presentó al gobernador Arias Conde, que, como se ha dicho, gobernaba interino, y antes de despacharse llegó de España D. Diego de Cárdenas, con que hubo de presentarle la licencia para ir con su beneplácito. Túvolo por bien el gobernador, y como tan gran caballero le concedió cuantos despachos previno el P. Fr. Diego para la ejecución de su buen deseo.

Fue con ellos al convento de Jecelchacan por ser los indios de aquel pueblo muy cursadores en los montes, y algunos de los sacristanes y cantores se ofrecieron a ir en su compañía, con que no solo le dio nuestro Señor guías que le llevasen, sino también ministros que le ayudasen a celebrar el santo sacrificio de la misa. Sabiendo el viaje del padre Fr. Diego los indios de la Sierra, también se le ofrecieron algunos con deseo de acompañarle. Juntos unos y otros se entró por las montañas al medio día de esta tierra, y hallando en ellas muchos indios fugitivos que vivían rancheados en diversos sitios sin policía ni Sacramentos, los fue congregando y llevó a los montes que llaman de la Pimienta. Formó pueblo con ellos en el sitio donde estuvo el que se llamó Sacalum, cuando el padre Fr. Juan de Santa María pobló las guardianías que se dijo en el libro octavo que después se perdieron como ya se vio. Paso el padre Fr. Diego por nombre al pueblo S. Felipe y Santiago de Sacalum. Llevaba autoridad del gobernador D. Diego de Cárdenas para nombrar justicia y regimiento en cualesquiera poblaciones que formase, y así en nombre de S. M. y de su gobernador, hizo nombramiento de cacique, alcaldes, regidores y demás oficiales que pide el gobierno de una república, en la nueva de Sacalum, para que viviesen en policía y servicio de

las majestades divina y humana, y luego dio noticia al gobernador, pidiéndole que confirmase el nombramiento hecho.

Mucho gusto tuvo el gobernador y toda esta tierra con la buena nueva. Esta alentó el ánimo del capitán Francisco de Mirones, que era juez de grana del territorio de la Costa, para entrar desde allí a conquistar con armas a los itzaes, por la comodidad que la cercanía de aquel paraje ofrece para cualquiera facción que se intentase. Comunicado con el gobernador, le pareció bien la entrada, y asentaron capitulaciones de la forma que en ella se había de observar, en el ínterin que remitiéndolas al supremo consejo de las Indias, o S. M. en él las confirmase, o enviase el orden más conveniente para reducir aquella gente a la ejecución de la obediencia, que ya con toda solemnidad dos veces le habían prometido. Publicada la capitulacion (de que no he hallado escrito para dar aquí razón de ella) levantó bandera el capitán Francisco de Mirones, y habiéndose alistado hasta cincuenta soldados españoles, salió de la ciudad con ellos a aguardar el resto de los que se iban juntando en Oxkutzcab, pueblo de la Sierra. Ocasionó el viaje por aquella parte el discurso de un piloto, que le dijo al capitán que desde aquel pueblo tenia demarcada la altura del Itzá y de Yucatán, y hallaba que vía recta, o medido por el aire, había no más de ochenta leguas, con que se acortaba más de la mitad del camino. Creyólo el capitán, y así habiendo dejado en Mérida su poder al contador Juan de Eguiluz, para que se prosiguiese leva de gente, salió del pueblo de Oxkutzcab, abriendo nuevos caminos de montes y bosques espesísimos, lagunas y pantanos, tierras estériles y faltas de agua en muchas partes, con que no solo para los indios que los abrían fue trabajosísimo, pero aun para los españoles fue muy penoso. Vencieron estas dificultades, y llegaron al pueblo de Sacalum, donde estaba ya de asiento el padre Fr. Diego Delgado. Hizo allí alto el capitán y asiento de plaza de armas, para guardar la demás gente de que se quedaba haciendo leva en Mérida, para en llegando comenzar juntos la conquista.

No se dispuso la salida de los soldados de la ciudad con la presteza que entendió el capitán Francisco de Mirones, y así se le pasó todo aquel año de seiscientos veinte y dos esperándolos en el pueblo de Sacalum. En este tiempo no advirtiendo que aquellos ir, dios eran gente de nuevo reducida, y que era conveniente no tratarlos con la opresión que por acá muchos los tratan, se dio a tener tratos y contratos de granjería con ellos en cosas de que no gustaban, con que comenzaron a exasperarse. Viéndolo el padre Fr. Diego, y pareciéndole que no era modo aquel para conservarse con los indios, le rogó al capitán que cesase en aquellos tratos, pues el tiempo de conquista no lo era de mercancías. Que le parecía estar los indios muy disgustados, y que de ello podría resultar inconveniente para pasar adelante en lo comenzado. No pudo el padre Fr. Diego negociar cosa alguna con el capitán, antes cada día iban más en aumento sus granjerías y otras cosas, con que se inquietaban más los indios. Disgustados sobre esto el capitán y religioso, andaban ya en lo público declarados. Confirmaron los indios su inquietud con llegar nueva como el capitán Juan Bernardo Casanova estaba en el pueblo de Maní, para marchar con otros cincuenta soldados a juntarse en Sacalum con el capitán Francisco de Mirones.

Era ya entrado el año de mil seiscientos veinte y tres cuando esto sucedía, y no pudiendo concordar el padre Fr. Diego con el capitán Mirones por las vejaciones que se hacían a los indios, las cuales no podía remediar, escribió al padre provincial

dándole noticia de lo que pasaba, y pidiendo le declarase si debía o era su voluntad estuviese con el capitán y sujeto a sus órdenes, sucediendo lo que le refería. Respondióle el provincial que pues la entrada a los itzaes con armas; y soldados estaba prohibida por el rey, que mientras su majestad y su real consejo de las Indias no determinaban otra cosa, que no hallaba razón para obligarle a estar sujeto a las órdenes del capitán, pues procedía contra voluntad expresa del rey. Que pasando lo que decía, Si no podía remediarlo, que hiciese lo que Dios le inspirase en orden al bien de las almas de los indios Esta respuesta fue escrita de mano del R. padre Fr. José Narvaez (hoy padre de esta provincia, y entonces compañero del provincial) que me dio por escrito razón de estos sucesos. Habiendo recibido el padre Fr. Diego esta respuesta, determinó (aunque con secreto) dejar al capitán Mirones, y pasarse a los indios itzaes. Así lo ejecutó, no faltándole los más de los indios que con él salieron de Jecelchacan. Dirigió su viaje al pueblo de Tepú, donde estuvieron los padres Fuensalida y Orbita, y aunque con mucho trabajo, por montes sin caminos, le llevaron allá sus indios. El capitán Mirones hallando menos al padre Fr. Diego, y sabiendo el camino que llevaba, envió doce soldados con su cabo llamado Fulano de Acosta que le alcanzasen y persuadiesen a volver a su compañía, y no queriendo le siguiesen donde fuesen. Antes de llegar a Tepú le alcanzaron, pero como no quisiese volver le acompañaron hasta el pueblo.

Desde él escribieron al capitán la resolución del padre Fr. Diego, y se quedaron en su compañía, porque llevaron orden que no le desamparasen, y debió de ser sin duda con buen celo, porque viéndole con aquella compañía no se le atreviesen los indios. Luego envió el padre Fr. Diego a decir a los itzaes cómo estaba allí, y quería pasar a verlos. Ofrecióse a llevar la embajada el cacique D. Cristóbal Ná, el que fue con los padres Fuensalida y Orbita, como ya se dijo. Llegó, y informados los itzaes de los pocos españoles que con el padre Fr. Diego quedaban, le dieron licencia para ir a su isla. Hizo el cacique (habiendo vuelto con la respuesta) el matalotaje para todos, y llevó consigo ochenta indios de su pueblo para ayudar a llevar el bagaje de los españoles. Llegaron a la laguna, y en descubriéndolos, les enviaron canoas en que pasasen, y al salir a la isla los recibieron de paz, sin señal de sentimiento contrario alguno.

Todo esto fue fingido, porque teniéndolos asegurados, dieron todos los del pueblo sobre los soldados españoles y indios que fueron de Tepú y sin poderse defender (que según esto estaban sin armas, descuido bien culpable pues no había seguridad de que fuesen amigos de veras, antes sí experiencia de lo contrario,) los maniataron y juntamente con ellos al P. Fr. Diego. Luego sin dilación mataron a los españoles y indios de Tepú, ofreciendo los corazones acabados de arrancar a sus ídolos. Las cabezas de todos clavaron en unas estacas, y las pusieron en un cerrillo á vista y cercano de todo el pueblo. Después sacaron al P. Fr. Diego, y le dijeron que le mataban porque había ido con aquella gente (alevosía atroz, pues fueron con licencia suya) y porque los religiosos que habían ido antes que él, les quebraron su ídolo y les quitaron sus dioses. Esto se dice que decían por unos ídolos que el P. Fuensalida llevó a Mérida de la primera vez que estuvo con ellos; pero en su relación, (que como he dicho la hizo debajo de precepto de obediencia,) no dice haberles quitado ídolos, sino que ellos le dieron algunos. Lo primero fue abrir los pechos al P. Fr. Diego y sacarle el corazón, y ofreciéndole a los ídolos en recompensa y satisfacción del ultraje que decían haberles hecho los otros religiosos. Hasta aquel punto estuvo con valeroso espíritu

predicándoles, y después hicieron piezas todo su cuerpo, y la cabeza pusieron en una estaca con las otras en el cerrillo. Este dichoso fin tuvo el P. Fr. Diego Delgado por el mes de julio del año de mil seiscientos veinte y tres; no he hallado certidumbre del día, y seria, según dicen, de cuarenta años de edad a lo que parecía. También el buen cacique de Tepú por último perdió la vida en esta ocasión en demanda de la conversión de aquellos infieles, siendo la tercera vez que acompañaba a los religiosos, porque se puede entender le habrá premiado nuestro Señor con la gloria.

Intentado conquistar con armas á los itzaes, matan en Sacalum á los españoles y al padre Fr. Juan Henriquez, y la causa.

El tiempo que pasó en suceder lo referido en los itzaes, no había tenido el capitán Mirones más noticias que haberle escrito sus soldados desde Tepú la determinación con que estaba el padre Fr. Diego de pasar a ellos. Por saber qué fin había tenido, envió dos españoles y un indio ladino criado suyo, llamado Bernardino Ek, que les sirviese de lengua y guía. Ordenóles que habiendo pasado el padre Fr. Diego a los itzaes, fuesen allá, y si aquellos indios estaban de paz, se quedasen, y con otros de por acá le diesen razón del estado en que aquello estaba. Salieron de Sacalum, y llegando á Tepú supieron cómo ya los compañeros y el padre Fr. Diego estaban en los itzaes. Ignorando lo que les había sucedido, pasaron hasta la playa de la laguna, y haciendo fuego señalaron había quien pidiese pasaje. A la señal del humo vinieron de la isla con canoas, y acercándose a la ribera, como reconocieron ser tres no más, los recibieron en ellas, y pasaron a la isla. En saliendo a tierra los maniataron y metieron en un corral hecho de fuerte palizada, donde los tuvieron dos días. Al tercero vinieron muchos indios con arcos y flechas, y con gran vocería los llevaron por el pueblo, y luego al cerrillo donde tenían estacadas las cabezas del padre Fr. Diego y los demás, volviéndolos a la palizada para sacrificarlos al otro día. Quedaron cercados aquella noche de indios, que con gran regocijo estuvieron bailando y idolatrando, bebiendo sus brebajes, con que embriagados unos y cansados otros, se quedaron dormidos. Oyendo esta quietud los presos, les dijo el indio Bernardino Ek que sería bueno huirse, pues podían, y forcejó tanto con sus ligaduras, que se desató a si y a los dos españoles. Salió primero el indio y quedose cerca a aguardarlos, pero aunque forcejaron no pudieron subir la palizada, por tener las manos casi desgobernadas de las ligaduras, y el uno llegando ya al remate resbaló cayendo dentro del corral. Al ruido que hizo con el golpe, se alteraron las guardas y dieron grandes voces, que oyéndolas el indio Bernardino Ek, se entró en una mala canoa que hallo en la playa, y bogando con un canalete, como quien huía de tal peligro, aunque le sintieron y siguieron por la laguna, después, salido a tierra, se les escondió y fue a dar a Tepú. Pasó a la villa de Salamanca de Bacalar, donde refirió lo que le había sucedido, y recibiendo el alcalde su declaración jurídica para remitirla al gobernador D. Diego de Cárdenas, le despacharon a Sacalum por el riesgo que amenazaba a los españoles que allá estaban, a quienes cuando llegó dió relación de lo que se ha dicho. Los españoles se quedaron allá, que los debieron de sacrificar, como a los antecedentes, porque nunca parecieron.

Luego que le faltó al capitán Mirones el padre Fr. Diego Delgado, escribió al contador Juan de Eguiluz, su agente en Mérida, quejándose de la acción, y pidiendo solicitase con el provincial les enviase otro religioso que les dijese misa y administrase los Santos

Sacramentos. Consiguióse que fuese el padre Fr. Juan Berrio, hijo de la santa provincia de Castilla, que llegando allá, y habiendo estado como quince días no conviniendo con las acciones del capitán y soldados, sin decirles cosa alguna se vino a la presencia del provincial, que informado de lo que pasaba dio por buena su venida. Quejóse segunda vez el capitán al contador, y pidió como la primera otro religioso. Rehusábalo el provincial por lo sucedido con los dos que habían ido. Pedía que por defecto de no haber religioso, le diese el obispo un clérigo; pero su señoría, que sabía lo que pasaba, debió de juzgar por más conveniente que fuese religioso, y así no asignando clérigo, instó tanto con el provincial, que dio dos religiosos que se ofrecían al viaje. Estos fueron el padre Fr. Juan de Loaisa, criollo de esta ciudad de Mérida y peritísima lengua de los indios, y el padre Fr. José Narvaez (ya nombrado) criollo de México y hijo de esta santa provincia. Iban ambos a la obediencia del padre Fr. Diego Delgado, comisario que era de aquella conversión, porque no se sabía aún su dichoso tránsito de esta vida. Presentaron estos dos religiosos su nombramiento al contador Juan de Eguiluz, que puso alguna dilación en despacharlos y darles el avío necesario.

En este tiempo se ofreció a ir del todo voluntariamente el padre Fr. Juan Henriquez, natural de la ciudad de Cádiz, hijo legítimo de D. Juan Henriquez de Várgas y de Doña Inés de Vargas en lo natural, y en la religión del convento de Mérida de esta santa provincia, donde recibió nuestro santo hábito el año de mil seiscientos y quince. Una ocasión bien leve fue motivo de que hiciese este viaje, y porque se vean los medios tan pequeños con que la Divina Providencia dispone a sus siervos algunas veces para conseguir la gloria de las acciones más heroicas, referiré la que tuvo el padre Fr. Juan para pedir esta licencia. Mandole la obediencia que fuese hospedero del capítulo provincial, y suele ordinariamente la provincia dar al que lo es una de sus guardianías, siendo ministro idóneo. Eralo el padre Fr. Juan, y no se la dieron, con que quedó disgustado porque no la desmerecía, aunque no hubiera tenido aquella ocupación en servicio de todo el común. Esto se dice fue la causa para pedir la licencia, pero sin duda fue orden superior que le llamaba Religioso hubo que viéndole ir le dijo: vaya, padre Fr. Juan, en buen hora. Qué sabe si Dios le tiene guardada toda su gloria detrás de esas sierras, y por el fin que tuvo, podrá conocerse. Obtenida licencia y con la bendición de su prelado salió de la ciudad de Mérida habiéndose encomendado a Dios con veras de su corazón. Dispuso su conciencia para todo riesgo que contra esta vida mortal le podía suceder, porque conoció iba con peligro de no volver, según el padre Fr. Juan Berrio había dicho quedaban los indios de Sacalum exasperados con el proceder del capitán y los soldados que allá estaban. Finalmente llegó a Sacalum y fue recibido con mucho gusto de todos.

En el ínterin que esto pasaba, habían remitido de Bacalar al gobernador D. Diego de Cárdenas la declaración que el indio Bernardino Ek había hecho de lo sucedido en los itzaes con el padre Fr. Diego Delgado y españoles que con él fueron, y lo que al mismo indio y a los dos españoles había acaecido. Dio al gobernador mucho cuidado, así las muertes de los referidos, como el peligro del capitán Mirones y sus soldados, estando tan cercanos. Aprobó que hubiesen despachado desde Bacalar a Sacalum al indio Bernardino Ek, para que él mismo dijese el suceso al capitán y soldados, y dio orden que el capitán Juan Bernardo Casanova marchase a toda prisa del pueblo de Maní, donde estaba, a juntarse con ellos. Pidió al provincial los acompañase el padre Fr. Juan Fernández, religioso lego, por ser persona de mucho valor gran soldado que lo

había sido muchos años en la Florida, para que si fuese necesario se aconsejasen con él, confiando mejor suceso guiada la materia por su mucha práctica y experiencia. Concedió el provincial que fuese el padre Fr. Juan Fernández, y él se puso en camino luego para Maní a salir juntamente con la marcha de los soldados, como la obediencia le ordenaba.

Antes que pudieran despacharse de Maní los que habían de ir, llegó el indio Bernardino Ek a Sacalum y a la presencia del capitán Francisco de Mirones. Refirióle todo lo sucedido en los itzaes, y no solo no le dio crédito, si no que le atormentó entendiendo que le engañaba. Con esto y con la noticia que ya tenían los de Sacalum, acabaron de confirmarle en su mal propósito, aunque de suerte que no llegaron los españoles á recelar novedad alguna. Día de la Purificación de la Madre de Dios, a dos de febrero de mil seiscientos veinte y cuatro años, se fueron el capitán y soldados a la iglesia con menos armas defensivas que pudieran en la ciudad de Mérida (cuántas desdichas han ocasionado imprudentes y demasiadas confianzas) dejando un solo soldado que hiciese posta, y cuidase de las armas. Hallaron los indios a propósito la ocasión para la ejecución de su intento, fueron al cuerpo de guarda, y maniatando al soldado de posta, se hicieron señores de todas las armas. De allí fueron todos pintados los rostros (que así no es posible conocerlos) a la iglesia con gran grita y algazara, y como los españoles estaban sin armas defensivas ni ofensivas, los prendieron los indios como a unos tristes desdichados. Aún no había acabado la misa el padre Fr. Juan Henriquez, y sospechando del rumor lo que era, consumió las especies sacramentales, y arrimado al altar volvió el rostro al pueblo a tiempo que iban amarrando a los españoles para matarlos. Entonces dijo el padre Fr. Juan al que capitaneaba a los indios, que era un sacerdote de sus ídolos llamado Ah Kin Ppol, que les diese lugar a morir como cristianos y los dejase confesar. Hiciéronlo todos, diciendo a voces sus pecados, y luego el Ah Kin Ppol se fue para el capitán Francisco de Mirones (que estaba atado a uno de los horcones de la iglesia, que son los pilares de las cubiertas de paja, al lado de la epístola) y quitándole la daga que tenía en la cinta, le dio con ella tan gran puñalada sobre el pecho, que abrió boca por donde metiendo la mano le arrancó el corazón, y de la misma forma fue haciendo con los demas.

En el ínterin otros indios habían amarrado al padre Fr. Juan revestido como estaba a otro horcon enfrente del capitán, al lado del evangelio, y los indios querían soltarle, dejándole vivo; pero el sacrílego ya Ah Kin Ppol, sin decir cosa alguna, se acercó a él y le dio otra puñalada como al capitán, arrancándole el corazón del cuerpo. No cesó hasta este punto de predicarles con gran espíritu la impiedad que cometían en aquellas muertes, y los errores de sus idolatrías, como testificaron después muchos de los delincuentes, que fueron presos y castigados. Los cuerpos del padre Fr. Juan y capitán echaron en una hoya de tierra blanca, dejándolos allí. A los demás llevaron a la cruz del camino por donde habían de venir los otros españoles, y los dejaron clavados cada uno en una estaca, y después quemando el pueblo y iglesia, se huyeron a los montes.

De allí a tres días, caminando para allá los soldados que iban de Maní, encontraron unos indios con la mula en que había ido el padre Fr. Juan Henriquez, y engañaron a los españoles diciendo que los enviaba a Mérida por vino y otras cosas, con que los dejaron pasar. Arrepintiéronse después, y volviendo a buscarlos, no los hallaron; con

que recelando algún mal, se adelantó el padre Fr. Juan Fernández con dos soldados. Hallaron en Sacalum aquel miserable espectáculo, y volvieron a dar noticia de él al capitán Juan Bernardo, que ya estaba una jornada del pueblo. Llegando juntos a él, dieron sepultura a todos los cuerpos en la hoya donde estaban los del religioso y capitán Mirones, y se volvieron a la ciudad de Mérida. Este desdichado fin tuvo aquella conquista tan a los principios de ella. Ocasionóle la codicia, queriendo tratar aquellos indios, nuevamente reducidos por el padre Fr. Diego Delgado, con la opresión que algunos comerciadores de los gobernadores, a quien los indios llaman jueces (y este capitán lo era de la costa) suelen tratarlos. A muchos de los agresores prendió después un capitán indio llamado D. Fernando Camal, habiendo entrado por aquellos montes a buscarlos, y fueron castigados por vía jurídica. Murió el padre Fr. Juan Henriquez de cuarenta y dos años de edad y nueve de religión, y su matador Ah Kin Ppol ahorcado en Mérida sin querer confesarse para morir."

oOo